

# EL SOTANO

RICHARD LAYMON

**Super  
TERROR**

La Bestia acecha  
en las tinieblas subterráneas.



¡Nace un clásico de la literatura de horror!

En la Casa de la Bestia se han perpetrado asesinatos feroces, reproducidos en un museo de cera abierto a la curiosidad de turistas morbosos...

Donna y su hija Sandy se detienen en la casa, huyendo de un maníaco sexual...

Larry y Jud visitan la casa empujados por la sed de venganza.

Larry sabe que la Bestia no es un mito legendario, sino una criatura aberrante de carne y hueso: él conserva la cicatriz de sus garras.

A todos, la auténtica sorpresa les aguarda en el sótano. Allí se oculta, desde tiempos inmemoriales, un horror como jamás ha habido otro igual.

Dedicado a Clayton Matthews

## Prólogo

Jenson tomó el micro de la radio. Su pulgar rozó el botón del fono. Miró de nuevo la ventana superior de la vieja casa victoriana al otro lado de la calle, y vio tan sólo el reflejo de la luna en el cristal. Bajó el micro hasta sus rodillas.

Luego, un haz de luz destelló de nuevo en el interior de la oscura casa.

Alzó el micro hasta su boca y pulsó el botón.

—Jenson a central.

—Aquí central, adelante.

—Tenemos a un merodeador en la Casa de la Bestia.

—No te entiendo, Dan. ¿Qué ocurre contigo? Habla más alto.

—¡He dicho que tenemos a un merodeador en la Casa de la Bestia!

—¡Jesús! Será mejor que vayas a ver.

—Envíame ayuda.

—Sweeny está cenando.

—¡Entonces telefonéale, por el amor de Dios! Siempre come en el Welcome Inn. Telefonéale.

—Simplemente ve a echar un vistazo, Jenson.

—No voy a meterme en este maldito lugar solo. Envía a Sweeny, o mejor olvidemos todo el asunto.

—Intentaré localizar a Sweeny. Tú quédate aquí, y mantén un ojo en el lugar si eres demasiado miedoso como para entrar. Y cuida tu lenguaje cuando estés en el aire, chico.

—Está bien, corto.

El patrullero Dan Jenson dejó el micro de su radio y miró a la distante ventana de arriba. No vio ninguna señal de

linterna. Observó las otras ventanas, la oscuridad entre el alero y el balcón encima del porche, las ventanas de la habitación con el puntiagudo techo. Luego de nuevo al principio.

Allá, en la ventana más próxima, el delgado rayo blanco de una linterna giró y se desvaneció. Jenson sintió que se le ponía carne de gallina, como si tuviera arañas deslizándose por su espalda. Subió su ventanilla. Con el codo pulsó el botón del seguro interior de la cerradura. Las arañas no se marcharon.

Dentro de la casa, el niño estaba intentando desesperadamente no gritar mientras su padre tiraba de su brazo y lo llevaba de una oscura habitación a la siguiente.

—¿Lo ves? Nada aquí. ¿Acaso ves algo?

—No —gimoteó el niño.

—¿Ningún fantasma, ningún duende, ningún monstruo?

—No.

—Correcto.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó el niño.

—Todavía no, jovencito. Aún no hemos visto el desván.

—Ella dijo que está cerrado.

—Entraremos.

—No. Por favor.

—El monstruo puede estar aguardándonos en el desván, ¿eh? ¿Así que es ahí donde estaba?

Abrió una de las puertas del pasillo y metió el haz de su linterna. La luz iluminó un armario vacío. Rudamente, tiró del niño tras él hacia una puerta al extremo del estrecho corredor.

—Papá, déjame ir a casa.

—¿Tienes miedo de que la bestia te ataque? —rió amargamente el padre—. No vamos a salir de esta vieja casa supuestamente encantada hasta que admitas que no hay ninguna bestia. No quiero a uno de mis hijos yendo por la

vida encogido y lloriqueante, temblando ante cualquier sombra, temeroso de la oscuridad.

—Hay una bestia —insistió el niño.

—Muéstramela.

—La guía dijo...

—La guía nos dedicó una sarta de tonterías. Ese es su trabajo. Tienes que aprender a distinguir las tonterías que te dicen cuando te abofetean la cara con ellas, jovencito. Los monstruos son tonterías. Los fantasmas y los duendes y las brujas son tonterías. Y también lo es la bestia.

Sujetó el pomo, abrió la puerta, y arrojó dentro el haz de luz. El hueco de la escalera era un túnel estrecho y empinado que subía hasta una puerta cerrada.

—Vamos.

—No. Por favor, papá.

—No me digas «no».

El niño intentó soltar su brazo de la presa de su padre, pero no lo consiguió. Se echó a llorar.

—Deja de gimotear, gallina.

—Quiero irme a casa.

El hombre lo agitó violentamente.

—Vamos a subir por estas escaleras. Cuanto más pronto entremos en el desván y busquemos a ese monstruo tuyo, más pronto saldremos de aquí. Pero ni un minuto antes, ¿me has entendido?

—Sí —consiguió decir el niño.

—De acuerdo. Adelante.

Al lado de su padre, empezó a subir las escaleras. Los peldaños de madera crujían y chirriaban. La luz de la linterna marcaba un pequeño y brillante círculo en cada peldaño que subían. Un halo rodeaba el círculo, iluminando débilmente sus piernas, las paredes y los siguientes peldaños.

—¡Papá!

—Tranquilo.

El círculo de luz subió por las escaleras y se clavó en la puerta del desván, por encima de sus cabezas.

El niño intentó sorber sus lágrimas, pero tenía miedo de hacer ruido. Dejó que el cálido líquido resbalara por su labio superior. Luego pasó la lengua. Sabía a salado.

—Mira —susurró el padre—. Ya casi estamos...

De arriba les llegó un sonido como de un perro olfateando.

La mano del hombre se crispó, transmitiendo una sacudida de dolor al brazo de su hijo. El niño dio un paso atrás, buscando el siguiente peldaño tras él mientras la puerta del desván se abría lentamente.

El haz de la linterna penetró en la vacía oscuridad más allá de la puerta.

Una risa gutural se arrastró a través del silencio. Al niño le sonó como la risotada de un hombre muy viejo y reseco.

Pero no era un hombre viejo lo que saltó desde el umbral. Mientras la linterna caía al suelo, su haz iluminó un hocicudo rostro sin pelo.

Cuando se produjo el grito, Dan Jenson supo que no podía esperar a Sweeny. Soltando el seguro de su Browning de doce disparos, abrió de un golpe la portezuela del coche patrulla y saltó a la calle. La cruzó corriendo. La cabina de los tickets estaba iluminada por una farola. El gran letrero de madera sobre ella rezaba: «LA CASA DE LA BESTIA», en chorreantes letras que querían imitar sangre.

Empujó el torniquete. No cedió. Así que saltó por encima. Llegaron más gritos procedentes de la casa, gritos de desgarrante dolor de un niño.

Corriendo sendero arriba, Jenson subió los peldaños del porche de dos en dos. Probó la puerta. Cerrada. Metió un cartucho en la recámara de la escopeta, apuntó a la cerradura y apretó el gatillo. El disparo abrió un agujero en la puerta. Pateó. La puerta se abrió dando un bandazo. Entró en el vestíbulo.

Desde arriba llegaron sonidos de desgarró y jadeantes gruñidos animales.

Por las ventanas delanteras entraba la suficiente luz lunar como para permitirle ver el arranque de una escalera. Sujetándose al pilar de arranque, se lanzó hacia arriba. La oscuridad lo engulló. Con una mano en la barandilla para guiarse, subió. Al final de la escalera se detuvo y escuchó. Los gruñidos llegaban de su izquierda.

Alzando la escopeta, se metió en el pasillo y se volvió hacia la derecha, preparado para disparar.

Todo estaba a oscuras excepto un charco de luz que se derramaba por el suelo del pasillo. Procedía del extremo de una linterna.

Jenson deseaba esa linterna. La necesitaba. Pero estaba lejos en el pasillo, cerca del negro centro de los fuertes y rápidos sonidos jadeantes.

Con la escopeta cubriendo el pasillo, avanzó hacia la linterna, sus zapatos resonando con mil ecos, su propia agitada respiración enmascarando la estridencia de los otros jadeos. Entonces su pie pisó algo redondo como un palo, pero blando. Quizás un brazo. Su otro pie golpeó un objeto duro, y oyó sus dientes chasquear mientras tropezaba y caía de bruces en la oscuridad. La escopeta aplastó sus dedos contra el suelo.

Tendiendo su brazo derecho, alcanzó la linterna. Giró su haz en dirección a los gruñidos.

La criatura soltó sus dientes de la nuca del niño. Volvió su cabeza. La piel de su rostro era blanca e hinchada como la barriga de un pescado muerto. Parecía sonreír. Se contorsionó, apartándose del muchacho.

Jenson dejó caer la linterna e intentó alzar la escopeta. Oyó una suave y seca risa, y la bestia saltó sobre él.

## 1

1

Donna Hayes colgó el teléfono. Frotó sus temblorosas y sudadas manos en la colcha, y se sentó.

Sabía que iba a ocurrir. Lo había estado esperando, había hecho planes al respecto, lo había temido. Ahora lo tenía encima.

—Lamento molestarla a esta hora —había dicho el hombre—, pero sabía que deseaba ser informada inmediatamente. Su marido fue puesto en libertad. Ayer por la mañana. Yo mismo acabo de enterarme...

Durante largo rato se quedó mirando a la oscuridad de su dormitorio, incapaz de poner los pies en el suelo. La oscuridad empezó a desaparecer de la habitación. No podía esperar más.

El aire del domingo por la mañana era como agua fría empapando toda su piel cuando se puso en pie. Temblando, se echó una bata por encima. Cruzó el pasillo. Por la pausada respiración que sonaba dentro del cuarto, supo que su hija de doce años seguía durmiendo.

Fue hasta la cama. Un hombre pequeño, cubierto con franela amarilla, emergía de entre las mantas. Donna apoyó sobre él su mano formando copa y lo sacudió suavemente. Volviéndose boca arriba, la niña abrió los ojos. Donna le dio un beso en la frente.

—Buenos días —dijo.

La niña sonrió. Apartó su pálido pelo de delante de sus ojos y se desperezó.

—Estaba soñando.

—¿Era un buen sueño?

La niña asintió seriamente.

—Tenía un caballo que era todo blanco, y tan grande que tenía que subirme a una silla de la cocina para montarlo.

—Eso suena terriblemente grande.

—Era un gigante —dijo la niña—. ¿Cómo te has levantado tan pronto?

—Pensé que tú y yo podríamos hacer las maletas, montarnos en el Maverick, y tomarnos unas vacaciones.

—¿Unas vacaciones?

—Aja.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¡Huau!

Tardaron casi una hora en lavarse, vestirse, y meter en las maletas la ropa suficiente como para pasar una semana fuera del apartamento. Mientras llevaban su equipaje al aparcamiento cubierto, Donna luchó contra la intensa urgencia de confiárselo todo a Sandy, de decirle a la niña que nunca iba a volver allí, nunca iba a pasar otra noche en su habitación u otra tarde haraganeando en Sorrento Beach, nunca volvería a ver de nuevo a sus amigos del colegio. Con una sensación de culpabilidad, Donna se lo guardó todo para sí.

Santa Mónica tenía un aspecto gris con su habitual cielo cubierto de las mañanas de junio cuando Donna hizo retroceder el coche hasta la carretera. Miró a ambos lados del edificio. Ninguna señal de él. Las autoridades de la prisión lo habían dejado en la terminal de autobuses de San Rafael el día anterior por la mañana, a las ocho. Había tenido tiempo suficiente de llegar hasta allí, averiguar su dirección, e ir en su busca. Pero no se veía ninguna señal de él.

—¿Hacia dónde quieres ir? —preguntó.

—Me es igual.

—¿Qué te parece hacia el norte?

—¿Qué es el norte? —preguntó Sandy.

—Es una dirección... como el sur, el este, el oeste...

—¡Mamá!

—Bueno, hacia allí está San Francisco. Podemos ir a ver si han pintado bien el puente. También están Portland, Seattle, Juneau, Anchorage, el Polo Norte.

—¿Podemos llegar hasta allí en una semana?

—Podemos tomarnos más tiempo, si queremos.

—¿Y tu trabajo?

—Puede hacerlo alguna otra persona mientras estamos fuera.

—De acuerdo. Vamos hacia el norte.

La autopista de Santa Mónica estaba casi vacía. También lo estaba la de San Diego. El viejo Maverick funcionaba estupendamente.

—Echa de vez en cuando un vistazo fuera por si ves a Mister Humo —dijo Donna.

Sandy asintió.

—Enterada y corto, Gran Madre.

—Cuidado con ese «Gran».

Lejos y por debajo de ellas, el valle de San Fernando se veía soleado. La amarillenta neblina de la mañana, a aquella hora, era apenas un poco de vapor casi invisible sobre el suelo.

—¿Cómo lo prefieres, entonces? —preguntó Sandy.

—¿Qué te parece «mamá»?

—Oh, no es divertido.

Empezaron a bajar hacia el valle, y Donna condujo hacia la autopista de Ventura. Al cabo de un rato, Sandy pidió permiso para cambiar la emisora de radio. Giró el dial hasta sintonizar la 93 KHL, y escuchó durante una hora hasta que Donna pidió una pausa y apagó el receptor.

La autopista seguía la línea de la costa hasta Santa Bárbara, luego se metía tierra adentro cruzando un boscoso paso con un túnel.

—Me estoy muriendo de hambre —dijo Sandy.

—De acuerdo, pararemos en seguida.

Se detuvieron en un Denny's, cerca de Santa María. Las dos pidieron salchichas y huevos. Donna suspiró con placer mientras tomaba su primer café del día. Sandy, con un vaso de zumo de naranja, la imitó.

—¿Y bien? —preguntó Donna.

—¿Qué te parece «Madre Café»? —sugirió Sandy.

—Dejémoslo en «Madre Exprés», ¿de acuerdo?

—De acuerdo, tú eres «Madre Exprés».

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre es cosa tuya.

—¿Qué te parece «Pastel de Dulce»?

—¡Mamá! —Sandy pareció disgustada.

Sabiendo que deberían pararse a poner gasolina antes de una hora, Donna se permitió tres tazas de negro café caliente con el desayuno.

Cuando la bandeja de Sandy estuvo vacía, Donna preguntó si estaba lista para marcharse.

—Tengo que ir a echar una meadita —dijo la niña.

—¿Dónde has aprendido a hablar así?

Sandy se alzó de hombros, sonriendo.

—Apostaría a que es cosa del tío Bob.

—Quizá.

—Bueno, yo también tengo que ir a echar una meadita.

Pronto estuvieron de nuevo en la carretera. Al norte de San Luis Obispo pararon en una estación Chevron, llenaron el depósito del Ford, y utilizaron los servicios. Dos horas más tarde, en el brillante calor del valle de San Joaquín, se detuvieron en un drive-in y tomaron hamburguesas con queso y Coca-Cola. El valle parecía extenderse hasta el infinito, pero finalmente la autopista se curvó hacia arriba y ha-

cia el oeste, y el aire perdió parte de su calor. La radio empezó a captar las estaciones de San Francisco.

—¿Ya casi estamos? —preguntó Sandy.

—¿Dónde?

—En San Francisco.

—Casi. Otra hora o así.

—¿Tanto?

—Me temo que sí.

—¿Nos quedaremos a dormir allí?

—No lo creo. Quiero ir más lejos; ¿y tú?

—¿Hasta dónde? —preguntó Sandy.

—Hasta el Polo Norte.

—Oh, mamá.

Eran pasadas las tres cuando la Autopista 101 desembocó en un sombrío arrabal de San Francisco. Se detuvieron ante un semáforo, giraron, buscaron los indicadores señalando la 101, y giraron de nuevo: avenida Van Ness arriba, a la izquierda hacia Lombard, y finalmente subiendo una carretera en curva hasta el Golden Gate.

—¿Recuerdas lo decepcionada que te mostraste la primera vez que lo viste? —preguntó Donna.

—Sigo decepcionada. Si no es dorado, no deberían decir que lo es, ¿no crees?

—Por supuesto que no. Pero es hermoso.

—Pero es naranja. No dorado. Deberían llamarlo el Orange Gate.

Mirando hacia mar abierto, Donna vio el borde frontal de una masa de niebla. Brillaba con un blanco puro a la luz del sol.

—Mira la niebla —dijo—. ¿No es encantadora?

Dejaron el Golden Gate detrás.

Cruzaron un túnel con la boca pintada como un arcoiris. Aceleraron junto a la rampa de salida de Sausalito.

—Hey, ¿podemos ir a Stinson Beach? —preguntó Sandy, leyendo el indicador de la desviación.

Donna se alzó de hombros.

—¿Por qué no? No iremos tan rápidas, pero será mucho más bonito.

Puso el intermitente, siguió la curva de la rampa, y dejaron la 101 detrás.

Pronto estuvieron en la carretera de la costa. Era estrecha: demasiado estrecha y con demasiadas curvas, teniendo en cuenta el empinado terraplén que había al otro lado, en el carril de la izquierda. Condujo tan pegada a la derecha como se lo permitía la carretera.

La niebla estaba mar adentro, tan blanca y densa como algodón hidrófilo. Parecía estar acercándose lentamente, pero aún estaba a una buena distancia de la orilla cuando llegaron a la ciudad de Stinson Beach.

—¿Podemos pasar aquí la noche? —preguntó Sandy.

—Sigamos todavía un rato, ¿de acuerdo?

—¿Es necesario?

—¿Has estado alguna vez en Bodega Bay?

—No.

—Allí es donde filmaron aquella película, *Los pájaros*.

—Oh, aquello era para asustarse.

—¿No crees que deberíamos llegar hasta Bodega?

—¿Está muy lejos? —quiso saber la niña.

—Quizás una hora.

Sentía dolor por todo el cuerpo, especialmente en la espalda. Pero era importante seguir adelante, poner más kilómetros tras ellas. Podía soportar el dolor un poco más.

Cuando llegaron a Bodega Bay, Donna dijo:

—Sigamos un poquito más.

—¿Es necesario? Estoy cansada.

—Tú estás cansada. Yo estoy muriéndome.

Poco después de que dejaran atrás Bodega Bay, la niebla empezó a azotar el parabrisas. Brumosos dedos ascendían por el borde de la carretera, serpenteando ante ellas, tanteando ciegamente. Luego, como si les gustara lo que tanteaban, toda la masa de niebla ocupó la carretera.

—¡Mamá, no puedo ver!

Donna apenas podía distinguir la parte delantera del capó a través de la densa masa blanca. La carretera era tan sólo un recuerdo. Pisó el freno, rezando para que no viniera otro coche tras ellas. El vehículo se desvió a la derecha. Sus neumáticos chirriaron sobre grava. Repentinamente, el coche se ladeó y cayó por un terraplén.

## 2

Un instante antes de que la brusca parada arrojara a Donna contra el volante, pasó un brazo por delante del pecho de su hija. Sandy se dobló hacia delante por la cintura, apartando su brazo. Su cabeza chocó contra el salpicadero. Se puso a llorar. Donna apagó rápidamente el motor.

—Déjame ver.

El blando salpicadero había dejado una marca rojiza en la frente de la niña.

—¿Te has dado algún golpe en otra parte?

—Aquí.

—¿Donde el cinturón de seguridad te ha retenido?

La niña asintió, tragando saliva.

—Menos mal que lo llevabas puesto.

Su mente imaginó la cabeza de Sandy atravesando el parabrisas, trozos de puntiagudo cristal rasgando su cuerpo, luego la niña desapareciendo en la niebla, perdida para siempre.

—Hubiera preferido no llevarlo.

—Déjame quitártelo. Sujétate.

La niña apoyó las manos en el salpicadero, y Donna soltó su cinturón.

—Ya está. Ahora salgamos. Yo lo haré primero. No hagas nada hasta que yo te diga que todo está bien.

—De acuerdo.

Saltando fuera, Donna se deslizó por la hierba envuelta en húmeda niebla que cubría el terraplén. Se aferró a la